

LA PRIMERA GOBERNADORA QUE HUBO EN AMERICA

VIRGILIO RODRIGUEZ BETETA
Historiador Guatemalteco

El 9 de Septiembre de 1541, acontecía en cierto remoto lugar del Continente descubierto medio siglo antes por Colón, una insólita ceremonia que, a buen seguro de haber habido en aquel entonces teléfonos, telégrafos, cables, radiogramas y demás chismes de la vanagloria internacional, hubiera metido tanto ruido en el mundo como el viaje feliz del "Spirit of Missouri" o las ideas y venidas del "Orgullo de Detroit". En aquel día cuando New York no pensaba ni siquiera en nacer, Lima se desangraba con las atroces conspiraciones de los Almagros y Pizarros, y Buenos Aires surgía apenas entre las brumas del Plata por la energía milagrosa de Pedro de Mendoza y sus sucesores, poníase un reino del Nuevo Mundo en manos de una mujer a quien se le acordaba el título de Gobernadora. Es la primera vez que una mujer dirige los destinos de un pueblo en América! Y conste que en aquel tiempo aún no habíamos llegado a la "falda pantalón", las sufragistas, el divorcio automático y Madame Kollantay. Pero bastaba con que ya varias mujeres se hubieran sentado en el trono de los reyes europeos durante la menor edad de los herederos, a despecho de la célebre doctrina del artículo sexto, título 62 de la ley Sálica. Sin duda el gran ejemplo de Isabel la Católica era el que mejor hería las retinas de los buenos conquistadores de Guatemala al decidirse, tras reñida discusión, a elegir Gobernadora, por muerte de su esposo, a doña Beatriz de la Cueva y Arburquerque, noble señora de los más altos linajes españoles venida pocos años antes con catorce damas de corte, todas de esclarecida estirpe.

Ello fué aquella tarde, mientras el cielo descargaba constantes aguaceros sobre la modesta metrópoli, fundada apenas hacía catorce años pero llamada desde un principio muy noble y muy leal Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, tenía lugar en el amplio palacio de Alvarado la extraña ceremonia de la coronación de la Gobernadora. El Cabildo en cuerpo se hallaba presente y notificó a doña Beatriz que, conforme sus deseos e intimaciones, se había dispuesto reconocerla por Gobernadora con motivo de la muerte de su esposo. Ella aceptó el cargo, jurando desempeñarlo fielmente sobre la cruz de la vara de la gobernación; prestó la fianza de ley y firmó con los presentes el acta respectiva. Mientras tanto llovía mucho, una densa niebla envolvía la ciudad y hasta dejábanse oír de vez en cuando del lado de los volcanes vecinos sordos bramidos de esos que anuncian en estos países la proximidad de las desgracias.

Don Pedro de Alvarado Mesía y Contreras, uno de los más célebres conquistadores del Nuevo Mundo, y el que, sin duda, abrigó los planes más vastos y ambiciosos entre todos ellos, era no solo un guerrero-rayo y huacán sino un enamorado ídem. Habiéndose marchado a la Corte de España, después de realizar la admirable hazaña de la rápida conquista de los tres reinos de Guatemala, a sincerarse, entre otras cosas de los cargos que sus enemigos y rivales hacían contra él, pero quizá también con el secreto designio de "tomar estado", buscando para consorte una dama linajuda y bien emparentada que sumara a los suyos personales, los prestigios de la sangre y la Corte, dio con su real persona en la Corte de los reyes. Y digo real, porque aunque no pertenecía por parentesco a la realeza, pertenecía a ella por lo mejor y más inseparable de natura: su belleza física, tan famosa como la fuerza de su brazo y el valor de su hazaña. Como que los indios mexicanos, desde que tuvieron la mala suerte de conocerlo, lo apellidaron Tonahití, el hijo del sol. ¿Por su hermosura? ¿Por su fiereza? No ha podido deslindarse. A mí se me figura, después de contemplar los más antiguos retratos que del héroe se conservan (el que trae "México a través de los siglos" y que es copia de uno que existía en el Palacio de los antiguos Capitanes Generales en la primera ciudad de Guatemala), que quizá el alias se originó de los luegos bigotes rubios ya que los indios de entonces y los de ahora y aún el común de los mortales no pueden convencerse de que el señor sol no tiene bigotes, ojos y boca.

Ello es que la apostura, fama y audacia de don Pedro lo hicieron presto adueñarse del corazón de dos de las más lindas y célebres mujeres de la Corte, dos sobriñas de los Duques de Albuquerque, dos hijas de Juan de la Cueva, señor de señores y emparentado con lo más preclaro de España. Con doña Francisca, la hermana mayor, se casó don Pedro y casado se vino a Guatemala, con tan mala o tan buena suerte, que al pasar por un puerto de México la esposa se le enfermó y en unos pocos días entregó su alma a Dios. Don Pedro sin desalentarse, o quizá doblemente alentado, decidió acto seguido adueñarse de la hermana menor, doña Beatriz, con la que, en un nuevo viaje a España pocos años más tarde contrajo matrimonio, viniéndose esta vez directamente para Guatemala. El horror a pasar por los puertos de México se explicaba: ya no había una tercera de la Cueva de que echar mano en caso necesario.

Don Pedro acariciaba, según he insinuado, colosales proyectos. Había conquistado Guatemala, El Salvador y parte de Honduras, pero todo esto le parecía poco. Había sido el segundo en fama entre los conquistadores de México, el brazo derecho (nada menos) de Hernán Cortés. Pero esto era poco también. En el interim de sus dos casamientos, siempre incansable había hecho construir una armada de doce barcos en el mar del Sur y se había lanzado con ella formidablemente a disputarles su imperio a los Almagros y Pizarros. Tras una épica jornada, digna de los héroes de Homero, había tenido que transarse y liquidar los restos de su ejército en las llanuras de los más agresivos Andes. Pero nada bastaba a saciar su sed. Soñaba con emprender la conquista del mundo desconocido. Quería irse a las Islas de la Especiería, que desvelaban los sueños de los más audaces. Algo más: yo creo que quería hacer de Guatemala, situada en el Centro de América, la capital del imperio español del Nuevo Mundo. Quizá hacerse el Rey de los vastos dominios del sol permanente. Y para eso traía por consorte a una princesa y con ella catorce de las más bellas y linajudas damas españolas. Una corte digna de tan gran rey.

La mala suerte sin embargo no correspondió a sus audacias. Fiel siempre a sus deberes de soldado y español, por humilde que fuera el campo de batalla que lo llamara, y por casual que fuera el llamamiento, cuando marchaba con una nueva formidable escuadra camino de la Especiería, después de ajustar espléndidos convenios con el Virrey de México, don Antonio de Mendoza, fué excitado a acudir en auxilio de un miserable grupo de españoles que se hallaba en grave apuro defendiéndose contra los indios en un risco de Nueva Galicia. Allí en el peñón de Nochistlán, encontró la más rastiera muerte el señor de los sueños imperiales, arrollado por el caballo de un compañero que huía. Célebres palabras legó a la posteridad aquel hombre sobrehumano, en su última hazaña. Cuando arremetía a los indios, al frente de sus hombres, y los iba empujando hacia atrás, poco antes que el caballo del Secretario Montoya dispusiera cortar el hilo de sus días con el rodar más prosaico y afrentoso, animaba a las tropas diciéndoles: "Esto ha de ser así", y apeándose de su caballo emprendía el ataque a pie y espada en mano. Poco antes, ante lo formidable del peligro, al decidirse a entrar en combate con los indios, bien parapetados y en número cien veces superior, dijo estas resonantes palabras: "Ya está echada la suerte; en el nombre de Dios, a marchar amigos. Cada uno haga su deber, pues a esto vinimos". Viendo correr a Montoya, desahogado sobre el caballo, lo increpaba: "Sosegaos, Montoya, que los indios parece nos han dejado", y luego maltrecho por tierra, bajo el arrollamiento del caballo: "No es bien que los indios conozcan mi peligro", haciendo al mismo tiempo, que le quitaran la armadura y se la pusiera uno de los Capitanes, para que el combate continuara. "Ya lo sucedido no tiene remedio. Esto merece quien lleva hombres consigo, como Montoya", pero lo más memorable fué momentos antes de morir. Llevado en brazos de sus compañeros a un rancho cualquiera y luego a

una aldea, exclamaba, cuando le preguntaban que era lo que más le dolía: "El alma". ¿Arrepentimientos? ¿Amor? ¿Suprema e inútil filosofía con que toda vida grande en la tierra se clava el "Inri" fatal a la espalda.

La noticia llegó tardíamente a Guatemala, en donde la hermosa doña Beatriz de la Cueva lloraba la ausencia del gran caballero.

La esposa llevó al extremo sus demostraciones de dolor. Hizo traer de los montes vecinos una especie de betún negro, con el cual fué barnizado de luto el palacio. Se dolía a gritos de su pena y cuando alguien queriendo consolarla, le decía que no había que rebelarse ante los designios del Altísimo, exclamaba que Dios no podía haberle deparado mayor desgracia.

Todo este dolor no tuvo que ver con los deseos de ser Gobernadora, como que hace tiempo el afán de mandar existe sobre la tierra y anida profundamente en los corazones. ¿Qué cosa más natural que un corazón tan tierno y enamorado quisiera también saborear las delicias de reinár en el corazón de sus convecinados? Doña Beatriz, como ya dije, se hizo nombrar Gobernadora, a pesar de la resistencia de algunos bravíos Concejales que, como Gonzalo Oritz, se opusieron tenazmente al nombramiento e hicieron razonar su voto negativo. La tarde aquella en que el Cabildo fué a comunicarle su nombramiento, en presencia del Obispo y de los grandes señores de la Corte, hubo al final de la ceremonia, en el momento de firmarse el acta, un detalle que resultaría divertido si no estuviéramos en instantes tan patéticos.

La nueva Gobernadora firmó: "La sin Ventura doña Beatriz", y como quien tiene de pronto una feliz inspiración, no bien había puesto la última palabra mojó fuertemente la pluma y de un solo trazo borró su nombre, doña Beatriz, dejando sólo el apelativo de la sin Ventura, forma en que, dijo, quería que se le llamara en lo de adelante. Ya tenemos pues, reina y sobre nombre con que el mundo ha de conocerla.

El pueblo, que no entendía de estos caprichos y usanzas reales, murmuró en voz baja y calificó de grave blasfemia el rasgo de su soberana.

Entre tanto, las lluvias incesantes continuaban y los ánimos estaban sobresaltados. El Volcán de Fuego hacía sentir sus rugidos, de vez en cuando. A la pesadumbre de la muerte del gran caudillo protector providencial del puñado de náufragos valientes y felices arrojados a aquel rincón del mundo, se sumaba el malestar producido por la actitud ambiciosa de doña Beatriz y el terror que sus manifestaciones extremas de pesadumbre, causaban.

La ciudad había sido fundada al pie de tres volcanes. Fueron ellos hermosos, esbeltos, adorables, los que sin duda más impresionaron la imaginación andaluz y extremeña de los conquistadores. Cuando, tras las fatigas de una lucha cruenta de reconquista iniciada a raíz de la fundación del primer ensayo de ciudad en la Corte misma de los reyes cachiquestes, por todos los señoríos y tribus indígenas del país, a quienes rápidamente había sometido en una carrera vertiginosa de sangre, crímenes y triunfos don Pedro de Alvarado, llegaron los españoles a presencia del Valle de Almo-

longa, a presencia de aquellos tres volcanes, su alma respiró las esencias de una nueva vida. "De aquí no hemos de pasar", se han de haber dicho. De todo había: una llanura florida, aguas que brotaban por todas partes, cielo de azul imposible y volcanes que colmaban las bendiciones del panorama. Colinas siempre verdes, clima dulcísimo, ambiente como una ánfora de nardos, volcada.

Y una tarde, el 22 de noviembre, hoy hace cuatrocientos años, los conquistadores en ruidoso galope, hicieron su triunfal entrada a aquel lugar paradisíaco. Desplagadas al viento las banderas, atronantes los aires con el ruido de las músicas bélicas, el piafar impaciente de los caballos y el centelleo de la luz azul sobre las armaduras, los cascos y los morriones, se oyó la grave voz de Jorge de Alvarado, Teniente de don Pedro, que clamaba: "Asentá Escribano, que yo por virtud de los poderes tengo de los Gobernadores de su Majestad, con acuerdo y parecer de los Alcaldes y gíldors que están presentes, asiento y pueblo aquí en este sitio, la Ciudad de Santiago, el cual dicho sitio es término de la Provincia de Guatemala".

Pasaron catorce años. La ciudad se había improvisado en pequeña pero bonita Corte. Tres o cuatro iglesias, macisas y elegantes. Varias casas hechas y derechas. Un palacio del Gobernador. Una corte formada por quince o veinte mujeres de las más lindas y nobles de España. Huertos deliciosos la rodeaban, sembrados de viñedos y olivares. Deslizábanse aquí y allá arroyos de aguas purísimas y los opriscos de ganado alegraban las llanuras y los montes vecinos. Dios había puesto bastantes tesoros en el mejor de los paraísos.

Pero, en esos momentos, la ciudad sentía cernirse sobre su cabeza los aletazos de una catástrofe. Los españoles cuando fundaron la ciudad no sabían una leyenda indígena: que en la cumbre del Volcán de Agua está enterrado el más ilustre de los reyes Maya-quichés, llamado Q'icab el Grande y que Q'icab había predicho que cuando su nación hubiera perecido a manos del extranjero, su cadáver la vengaría.

El agua del cielo no cesaba. Las calles iban inundándose y de repente venía el rugido del volcán como una manada de leones que se aproximaba y se retiraba sucesivamente. El Volcán de Agua, de suyo maravillosamente simétrico, elevándose sobre la ciudad no dejaba ver sino sus pies colosales. Todo él estaba envuelto en densa bruma. El Volcán de Fuego, con la cabeza descubierta, se estremecía a ratos, y escupía gruesas llamas.

Era el 10 de Septiembre, dos horas después del anochecer. Todo el mundo se disponía a irse a la cama, con el rezo en los labios y la zozobra y la tribulación en el alma. De pronto un ruido sordo y espantoso...

El primer volcán lanzó a lo más alto del cielo, como desafiando a Dios, su penacho de fuego. La tierra se estremeció profundamente, como la mano de un niño sacudida por un gigante. Las casas se movieron como olas de un mar. Luego el ruido que se aproximaba cada vez más impetuoso, estalló como un grito, sobre la crugiente ciudad; era una inmensa ave-

nida de agua sucia, que descendiendo desde los flancos del otro volcán, arrastraba en su furioso despeñamiento, piedras, rocas, árboles, pedazos enteros de montaña. Parecía que el monstruo se estuviera arrancando las entrañas y lanzándolas a la tierra entre la avalancha de su propia sangre hirviente.

El Palacio de doña Beatriz, las iglesias y las casas mejor construidas se bambolearon "como corchos sobre el agua", al decir de un cronista ocular. Al escuchar el ruido, la Gobernadora, asiendo entre sus brazos a la tierna Anica, hija de su esposo, de cinco años de edad, se lanzó despavorida sobre las escaleras llamando a sus doncellas. En su terror solo tuvo una idea: acudir a la capilla en lo más alto del Palacio, en donde un gran crucifijo alzaba sus dos brazos. Llegando al adoratorio seguida del grupo trágico de las damas, transidas de espanto y desesperación, se lanzó a los pies del crucifijo, bañándolos con cálidas lágrimas. Todas sus damas la imitaron.

Lentamente, en una mueca amplia y macabra de los infiernos, el techo del adoratorio se abrió, como una granada que se parte. Fué un breve e rápido crujido, que parecía venido de más allá del mundo. El techo se desplomó sobre el grupo de la Sin Ventura....

La lluvia seguía, aunque ya disminuyendo. El cuadro de desolación seguía iluminado por las terribles llamaradas del volcán, que parecía haber encendido sus antorchas para que el otro pudiera consumir su obra. Por todos lados alzábanse quejas vagas, lamentos de alma.

En la catástrofe de la ciudad que hace más de cientos años fué fundada en el valle más sonriente de la tierra, perecieron muchos españoles y multitud de indígenas. Las crónicas cuentan los detalles, hechos de heroísmo, salvaciones milagrosas, familias enteras sepultadas, mucho de cábala y brujería.

De la Corte de doña Beatriz sólo dos o tres damas se salvaron, no se sabe cómo. Nunca se sabe el por qué de esas salvaciones, aunque en aquel tiempo se urdieron suficientes leyendas para explicar el milagro. Doña Leonor de Alvarado, por ejemplo, hija de don Pedro el Conquistador, quien la huzo de una Princesa de Tlaxcala en la odisea de México, fué encontrada dentro de una artesa enredada entre las ramas de un árbol. Así nuevo Moisés femenino, se salvó la progenitora de todos los guatemaltecos. (Doña Leonor se casó luego con don Francisco de la Cueva, hermana de doña Beatriz), de ella hubo numerosa descendencia.

De doña Beatriz quedó el cadáver. Pero el populacho no quería que quedara. El caso bíblico de Jezabel se les antojaba de perlas. Arrojarlo a los perros. Los más piadosos creían que bastaba con atarlo a una tabla y echarlo al río. Ya darían cuenta con él los peces del mar. El santo Obispo Marroquín, bueno entre buenos no fué de ese parecer y salvó el cadáver. Con sus oraciones estaba él seguro también de salvar las almas de su amigo don Pedro el Conquistador y de la Sin Ventura. Una lámpara regia, regalo del Emperador Carlos V, alumbró el cadáver de doña Beatriz y las once señoras españolas muertas con ella.

Y así acabó Doña Beatriz de la Cueva, la Primera Gobernadora que hubo en América.